



Edita: Laboratorio de Tecnologías de la Información y Nuevos Análisis de Comunicación Social

Depósito Legal: TF-135-98 / ISSN: 1138-5820

Año 1º – Director: **Dr. José Manuel de Pablos Coello**, catedrático de Periodismo

Facultad de Ciencias de la Información: Pirámide del Campus de Guajara - [Universidad de La Laguna](http://www.unilaguna.es) 38200 La Laguna (Tenerife, Canarias; España)

Teléfonos: (34) 922 31 72 31 / 41 - Fax: (34) 922 31 72 54

Periodismo y moral. Una aproximación al discurso de prensa sobre el narcotráfico en Colombia

Dra. Catalina González Quintero ©

Profesora de Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana de Santafé de Bogotá (Colombia)

cgonzale@javercol.javeriana.edu.co

Colombia es un país violento: este estereotipo, generalizado tanto entre los colombianos como en otros países del mundo, encuentra parte de su razón de ser en el predominio de la temática violenta ligada al narcotráfico cuando se tratan noticias sobre Colombia en la prensa extranjera.

Para adentrarnos al estudio de este estereotipo, tendremos en cuenta, primero, algunas consideraciones generales sobre la representación mediática de la violencia, y segundo, los resultados un análisis las noticias sobre Colombia aparecidas en el diario El País, de España. Este análisis hizo parte de la investigación -tendiente a tesis doctoral- que realicé recientemente sobre el cubrimiento de Colombia en la prensa extranjera. El periódico El País, de España, fue escogido para realizar el estudio, dada su importancia en el contexto europeo, pues se trata del diario de habla hispana más importante de dicho continente. La muestra observada corresponde a las noticias sobre Colombia aparecidas en El País durante 1988 y 1989, tiempo en el que se desarrolló en Colombia el 'narcoterrorismo', enfrentamiento entre el llamado cartel de Medellín y el gobierno Colombiano, que dejó muchas víctimas en la población civil.

REPRESENTACION MEDIATICA DE LA VIOLENCIA

Según Sergio Cotta (1), el carácter novedoso de la violencia actual no se debe tanto a una transformación cualitativa o cuantitativa en los actos violentos ocurridos durante el presente siglo (a una intensificación de las acciones o al perfeccionamiento tecnológico de sus instrumentos), como a un cambio generalizado en la forma de percibir y evaluar el fenómeno. En gran medida, atribuye este cambio de percepción a la presencia actual de los medios de comunicación y a la manera peculiar en que estos difunden los hechos violentos.

Los efectos de la globalización no sólo han incidido en la forma de construir la identidad sino que también han modificado nuestra percepción actual de la violencia. Según Cotta, gracias a los medios de comunicación, actualmente percibimos a la violencia como:

1. Mayor a la de siglos anteriores.
2. Más próxima a nuestra vida cotidiana.

Así, en nuestra percepción actual, la violencia se ha 'expandido', tanto en el tiempo como en el espacio. Nunca antes la violencia estuvo tan cerca de nuestras casas: en el cine, en las noticias, en los videojuegos, etc.

La representación mediática de la violencia es una constante de nuestra época, especialmente en lo que concierne al periodismo: la práctica periodística contemporánea no puede más que producir este efecto de 'expansión' de la violencia en la medida en que el criterio de lo noticioso está estrechamente ligado al de lo 'eventual', es decir al cubrimiento de hechos considerados como 'excepcionales' dentro de las dinámicas cotidianas normales de una sociedad. Al respecto, Cotta afirma:

"In this space of intensive communication, information and messages of violence arrive from everyway and circulate constantly. These surely do not reflect the actual truth, but, due to the dominance in our times of the new audiovisual language it is violence that makes the news. Not only because of the sour (and sometimes masochistic) taste for the exciting, but primarily because of the inveterate habit (or ontological reaction?) of considering it to be hurtful and deprecable, abnormal event. (...) Who cares about

knowing that in such and such a country government officials or judges are not killed, trains are not blown up, or families are not practicing incest?" (2) (*)

En cuanto a la violencia en Colombia y el cubrimiento periodístico de ella, existe una constante identificación 'colombiano/narcotraficante' que preocupa enormemente a los periodistas del país. Actualmente se debate en Colombia sobre si los medios de comunicación ayudan a difundir una 'mala imagen' o una 'imagen negativa', fuertemente ligada a la violencia, en el exterior. Se escucha con mucha frecuencia la queja general de que los periodistas "no cuentan lo que Colombia es en verdad" o "cuentan sólo una parte de lo que Colombia es", la parte violenta, reprochable, desagradable. Dice Pilar Lozano, corresponsal de Colombia para el periódico El País, de Madrid, sobre esta discusión:

"Yo no estoy de acuerdo con que los periodistas estemos dando la 'mala imagen' de Colombia. La prensa debe registrar los hechos violentos. Personalmente pienso que en la prensa no alcanzamos a contar toda la realidad violenta de este país. El problema de los colombianos es que nos hemos acostumbrado tanto a la violencia que nos parece normal un hecho atroz, y no sale en los periódicos. Los colombianos decimos que los medios sólo publican 'lo malo', pero en realidad no contamos ni la décima parte de lo que ocurre en este país. Asesinatos que en cualquier país del mundo sería un escándalo y que tendrían el cubrimiento de todos los medios masivos, aquí no aparecen en la prensa. No hay que dejar de decir las cosas porque las cifras de violencia en el país son escandalosas. La violencia hay que contarla, pero hay que saberla contar... contarla con seriedad, con mayor análisis, intentando ofrecer al lector elementos para que entienda cuál es el problema real." (3)

A pesar de que la corresponsal expresa la necesidad de un ejercicio periodístico responsable que exige la contextualización y el análisis de los hechos registrados, también reconoce la dificultad de hacerlo, dificultad impuesta por la estructura misma del medio de comunicación (incluso de un periódico que, se supone, es el medio que permite en mayor medida el análisis y seguimiento de noticias):

"Creo que Colombia es un país muy difícil de explicar afuera, aún para España, con quien tenemos muchos vínculos culturales. Si nosotros mismos no podemos explicarnos esta locura, ¿te puedes imaginar resumirla en 30 líneas? Para los periodistas enviados del exterior es muy difícil trabajar aquí, porque ellos están acostumbrados a que siempre hay dos bandos y se matan entre ellos. Aquí no... la mafia está unida con la guerrilla, y el ejército con los paramilitares, y etc. Se vuelven locos". (4)

¿Porqué es tan difícil contar la violencia colombiana? ¿Porqué es un fenómeno tan peculiar, ajeno a las dinámicas generales de la violencia en otros países?

Considero necesario hacer un paréntesis y revisar en este punto algunas formas de explicar la violencia en Colombia, antes de continuar con la argumentación sobre los efectos de la massmediación en la reproducción social de la violencia.

"Colombia ha sido, a veces, un país violento". Con estas palabras Malcom Deas comienza su reflexión sobre la violencia política en Colombia (5), para tratar de mostrar cómo Colombia no es del todo 'un país violento', otro estereotipo tradicional, acuñado por los mismos colombianos y en gran medida reforzado actualmente por los medios de comunicación. Las teorías generales sobre la violencia en Colombia no han logrado superar esta creencia generalizada. (6)

La violencia en Colombia se ha atribuido generalmente a tres causas principales (7):

1. La pobreza
2. La deficiencia estatal
3. La pérdida de valores

El primer y segundo factor explican la aparición de la delincuencia común y la violencia guerrillera en zonas rurales. El tercero, aunque también apoya las anteriores formas de violencia, es la alternativa más común para explicar el apareamiento del narcotráfico. Esta última vía es de carácter moralizante, fatalista y autocastigador, y la percepción general que tienen los colombianos de ser 'el país más violento del mundo' tiene mucha relación con ella.

La mayoría de las teorías que explican la violencia en Colombia ven ésta como una forma constitutiva de ser del colombiano: siempre habrá violencia en Colombia, nuestra historia ha sido un permanente charco de sangre. Desde esta perspectiva se han enfocado los estudios que dicen encontrar una 'cultura de la violencia' en Colombia. (8)

Las teorías sobre la violencia en Colombia aunque suelen hacer énfasis en una o dos de las tres causas mencionadas, coinciden, sin embargo, en que el fenómeno del narcotráfico ha traído consigo una explosión de la violencia sin precedentes en la historia del país. Este fenómeno está ligado a que las expresiones de violencia en Colombia cada vez son menos 'formales', hemos pasado de guerras bien definidas (de independencia y guerras civiles de partidos) a guerras de guerrillas y, finalmente, al terrorismo, en cuya expresión se cumplen de manera más completa las características atribuidas por Sergio Cotta al acto violento: la inmediatez, la discontinuidad, la desproporción, y el carácter efímero e inesperado.

La violencia desencadenada por el narcotráfico ha sido especialmente difundida por los medios masivos, en comparación con otras manifestaciones de violencia en el país. Esto puede deberse en gran parte a que el narcotráfico (más que la violencia guerrillera y mucho más que las guerras entre partidos políticos), es un problema internacional (aunque los medios se esfuercen

en hacerlo aparecer como local). En esta medida, el cubrimiento periodístico de la violencia ligada al narcotráfico merece una atención especial.

EL DISCURSO MORAL DE PRENSA ACERCA DEL NARCOTRÁFICO

La conclusión general del análisis sobre el cubrimiento de Colombia y el narcotráfico en El País es que *el tratamiento periodístico del narcotráfico se plantea desde una perspectiva moral, la cual trae consigo implicaciones precisas en la identificación de Colombia con la violencia.*

Entiendo por 'tratamiento moral', una valoración de las acciones y de los personajes involucrados en ellas, que puede ser negativa o positiva, según corresponda a los conceptos occidentales, del 'bien' y el 'mal' (o 'lo bueno' y 'lo malo'). A lo que se considera 'bueno' se lo elogia, a lo que se considera 'malo' se lo condena. Esta polarización maniquea no permite términos medios o gradaciones de valor. La pintura moral se da en estricto blanco y negro, no hay posibilidad de tonos grises. De este modo, entiendo que la principal característica de la valoración moral es su tendencia a clasificar las acciones en uno u otro de los dos polos, y la imposibilidad de trasladar de uno a otro acciones que ha sido ya clasificadas.

La moral, este esquema rígido que origina sin darnos cuenta la mayor parte de nuestros juicios.

"Se tomaba el valor de esos 'valores' como algo dado, real y efectivo, situado más allá de toda duda; hasta ahora no se ha dudado ni vacilado lo más mínimo en considerar que el 'bueno' es superior en valor a 'el malvado', superior en valor en el sentido de ser favorable, útil, provechoso para el hombre como tal (incluido el futuro del hombre). ¿Qué ocurriría si la verdad fuera lo contrario? (...) ¿de tal manera que justamente la moral fuera el peligro de los peligros?" (9)

Dejemos al filósofo la elaboración de esta crítica a la moral o genealogía de los valores. Para este caso, sólo interesa retomar su idea de la rigidez del edificio moral construido por occidente, a partir de la tradición judeocristiana. También debemos a Nietzsche la tematización de la 'culpa' como principal herramienta moral para censurar las acciones 'malas' con toda la crueldad propia del hombre. Una de las diferencias más importantes entre 'moral' y 'ética' es, precisamente, que las valoraciones éticas de las acciones se fundan sobre la 'responsabilidad' que recae en el actor, mientras que las valoraciones morales se fundan sobre 'la culpa'. El de la culpa es un juicio más fuerte que el de la responsabilidad, por cuanto está estrechamente relacionado con el derecho a 'castigar' que tiene quien imparte la justicia. Un derecho casi divino, dado que en el origen de la moral está la idea de un dios vigilante y castigador que lleva cuenta de las acciones del hombre. (10)

A continuación me referiré a las estrategias narrativas más comunes por medio de las cuales la perspectiva moral del problema deja huellas fuertemente marcadas sobre el texto.

Construcción de los personajes: "lo bueno, lo malo y lo feo"

El tratamiento del tema en términos de 'bueno' o 'malo' trae consigo, en primer lugar, una construcción de los personajes peculiar, que se puede resumir así: a Colombia se la considera como 'víctima' o como 'culpable'; los narcotraficantes son vistos como un 'enemigo sangriento y poderoso'; y el gobierno colombiano, la policía y el ejército son caracterizados como 'héroes'.

Colombia es sin duda una mujer: cuando es víctima del narcotráfico se representa como la madre que pierde a sus hijos o la viuda de un gran hombre. Cuando es culpable, se le acusa de 'alcahueta', de 'mujer fácil' que permite que sus hijos o sus hombres abusen de ella, que no finge su poco apego a la autoridad. Es condenada, por tanto, y merece su suerte.

Esta caracterización coincide en buena medida con la alusión que hace Carlos Fuentes a las figuras femeninas que representan a España y, por extensión, a la América hispanohablante, en "El espejo enterrado" (11). La mujer es, una virgen -la madre virtuosa que sufre por su hijo-; o una prostituta. A la virgen se la adora, a la prostituta se acude clandestinamente, en busca de sus favores, pero se la condena públicamente.

Igualmente, con Colombia existe en los textos esta doble aproximación: se la compadece, especialmente en las noticias sobre magnicidios. Sin hacer un esfuerzo extremo de imaginación podríamos 'verla' como a la virgen que toma en sus brazos al hijo muerto, en noticias como la titulada "Colombia llora y repudia el asesinato del fiscal del Estado". Pero también se la acusa, en editoriales y artículos sobre corrupción, de permitir que 'el flagelo del narcotráfico' se haya enseñoreado sobre su territorio.

La construcción de los narcotraficantes como enemigo poderoso y sangriento es muy clara y tiene implicaciones importantes. En primer lugar, el poder económico y militar de los narcotraficantes se sobredimensiona: se les considera como un enemigo 'indestructible', un blanco 'invisible' y móvil, una especie de duende burlón o semidiós omnipresente. Esta representación es, a todas luces, exagerada: los narcotraficantes son vulnerables -de hecho si su poder fuera tan desmesurado no se preocuparían por negociar, temática que es bastante frecuente en el corpus-, su clandestinidad no es sostenible por mucho tiempo y el miedo que manifiestan tener a la extradición los hace actuar defensivamente, las acciones terroristas son, aunque con terribles implicaciones, acciones defensivas.

Otra de sus características, estrechamente vinculada con el juicio moral, es que su sed de venganza no parece tener fin. Esto se nota en la tendencia a atribuir casi que inmediatamente las acciones violentas que sacuden al país a los narcotraficantes, aunque las investigaciones no hayan dado por sentado qué tan cierta sea esta autoría.

A manera de ilustración sobre este punto, quiero referirme a una broma popular que circuló en Colombia durante la época en mención y que ejemplifica bien esta exageración en la atribución de las acciones violentas a los narcotraficantes: se comenta en tono serio, "¿sabías que ya descubrieron quién fue el asesino de Gaitán?". Jorge Eliécer Gaitán fue un líder liberal de mitad de siglo, asesinado en 1948, en circunstancias que aún no se han aclarado. Algunos dicen que murió a manos de la clase política tradicional; otros, que fue asesinado por la extrema derecha, o que su asesinato se debió a odios personales; y los más osados lo atribuyen a la CIA. La respuesta que se espera es: "No sé, ¿quién fue?", e inmediatamente el bromista afirma con tono convincente: "Fue Pablo Escobar cuando era niño".

Habría que preguntarse si la broma en cuestión afirma el imaginario cultural, afianzado por los medios, de que los narcotraficantes son los malvados, causantes de la violencia que ha azotado al país desde tiempos inmemoriales.

La valoración positiva de los miembros del gobierno colombiano encargados de combatir al narcotráfico, desde el presidente Barco hasta los integrantes del 'cuerpo elite' de la policía, los convierte en héroes de guerra. Títulos como "Los capos de la mafia caerán de un momento a otro", son muy dicentes al respecto.

El héroe se define por su adecuación a valores morales; su misión precisamente es combatir 'las fuerzas del mal'. El héroe es justo, hermoso y, sobre todo, es un vencedor. Al héroe no se le permite el fracaso, o no sería 'héroe'. El tono triunfalista de las noticias sobre acciones del ejército y policía refuerza esta característica.

Pero todo héroe tiene su 'talón de Aquiles'. En el caso del héroe colombiano, la corrupción es este pequeño vicio, que paradójicamente, no parece alterar demasiado su competencia moral para actuar en contra del 'mal'. Así mismo, el héroe se vale de armas mágicas para combatir al enemigo: la extradición es esta arma mágica en el caso colombiano. Sólo con ésta puede desarticularse la red de criminales que constituye el narcotráfico.

Al héroe clásico no le interesa el poder, sólo la defensa de la justicia. Así mismo, a las acciones del gobierno colombiano se les exime de esta consideración de poder, tal vez porque en su calidad de gobierno, son precisamente el 'poder legitimado'; los narcotraficantes sí reclaman poder, por eso se les condena.

En el siguiente cuadro se resume la valoración positiva y negativa que se da a los personajes.

CUADRO No. 1. Valoración moral de los personajes

PERSONAJES	VALORACIÓN POSITIVA	VALORACIÓN NEGATIVA
Colombia	Víctima	Culpable
Narcotraficantes	Poderosos	Sangrientos
Gobierno, policía y ejército	Héroes	(corruptos)*

* La corrupción no altera sustantivamente la fuerte valoración positiva como héroes.

Construcción del conflicto: entre la guerra y el crimen organizado

La perspectiva moral también se manifiesta en la construcción del conflicto, ya sea en términos de 'guerra' o de 'crimen'.

La 'guerra' tradicional se caracteriza por tener dos bandos opuestos, que gozan de un poder si no igual, por lo menos similar y, que, por tanto, se pueden permitir dialogar. Los ejércitos que se enfrentan en la guerra están bien definidos, y las batallas se miden tanto por víctimas como por territorio ocupado. La guerra ha de despertar simpatías y antipatías en la comunidad internacional. Por último, toda guerra involucra un tráfico de armas considerable y una vigilancia sobre el respeto a los derechos humanos.

Sin embargo, esta 'guerra' no cumple con las condiciones mencionadas: en primer lugar, uno de los enemigos es más poderoso que el otro -paradójicamente los narcotraficantes, no el gobierno colombiano-, pero aún así, no tiene derecho a negociar. En segundo lugar, los campos de batalla son las ciudades, y las acciones violentas son de carácter terrorista. En tercer lugar, el juicio moral sobre la actividad ilícita de los narcotraficantes impide que la comunidad internacional los apoye, es decir, no hay imparcialidad posible ante el conflicto. Por último, del tráfico de armas nada se menciona y la vigilancia de los derechos humanos es imposible sobre acciones terroristas.

Esta 'guerra', en últimas, sólo conserva de la palabra 'guerra' el designar un estado de violencia generalizada, debido a una confrontación armada.

Se dirá, entonces, que lo que ocurre en Colombia no es guerra, sino que es un problema de criminalidad aguda. Sin embargo, para tratarse de crimen, el panorama colombiano tampoco cuenta con las condiciones suficientes: el enemigo es tan poderoso que puede darse el lujo de perder de vista que su actividad es ilegal. Además, sus agresiones armadas no están directamente involucradas con la perpetración del crimen: los atentados terroristas tienen el fin de amedrentar a la sociedad civil, no son acciones asociadas con, por ejemplo, el envío y distribución de cocaína en EE.UU.

Pero, más que no cumplir con las características generales de la guerra y el crimen, la ambigüedad en la definición del conflicto proviene de la condenación moral al tráfico de drogas, actividad ilegal en todo el mundo, que convierte a los narcotraficantes en simples delincuentes cuando su condición es mucho más compleja.

En su calidad de delincuentes, los narcotraficantes no pueden negociar con el bando opuesto, de tal manera que el esquema de guerra propuesto se desmonta de inmediato. El criminal no tiene derecho al diálogo, permitir la negociación significaría dar al conflicto estatus político, mientras que si se mantiene en la esfera del crimen (no importa qué tan organizado sea éste), continúa siendo un problema de orden público. Los medios de comunicación juegan un papel preponderante en el sostenimiento de este esquema moral en la opinión pública internacional.

La condición de criminalidad también se manifiesta en el uso común del genérico 'el narcotráfico' para referirse a los narcotraficantes. Tal generalización desdibuja a los actores contra quienes se pelea y se considera que a quien se combate es 'al crimen en sí mismo', al narcotráfico, es decir, a una representación más del 'mal'. El enemigo no es un alter ego, es una fuerza difusa y maligna, que toma el cuerpo de personajes míticos, de 'operarios' del mal.

Esta utilización del término guerra para designar un conflicto de otras características recuerda la discusión de Baudrillard sobre la improbabilidad de que se diera la llamada 'guerra del Golfo' en "La guerra del Golfo no ha tenido lugar". En este conjunto de artículos publicados por *Libération* en 1991, Baudrillard alega que no hay tal guerra de la que hablan los medios, precisamente porque no hay posibilidad de diálogo entre los contendientes. La guerra, aunque no lo parezca, tiene estas exigencias de comunicación:

"Para los americanos, el enemigo como tal no existe. *Nothing personal*. Vuestra guerra no me interesa, vuestra resistencia no me interesa. Os destruiré cuando toque. Se niegan a regatear, mientras que Sadam Hussein, por su parte, regatea su guerra, inflando los precios, para poder rebajarlos, tratando de llevarse el gato al agua, presionando y chantajeando, como un charlatán de feria. En este psicodrama del regateo, los americanos no comprenden nada de nada, y muerden el anzuelo una y otra vez hasta que, con el orgullo maltrecho del occidental, se ponen duros e imponen sus condiciones. (...) Para ellos, la hora del intercambio no existe. Ahora bien, el otro, aún a sabiendas de que acabará cediendo, no puede hacerlo de buenas a primeras así sin más. Tiene que ser reconocido como interlocutor; en esto consiste el envite del intercambio. Tiene que ser reconocido como enemigo; en esto consiste el envite de la guerra. Para los americanos, el regateo es algo vil, mientras que para los otros es una cuestión de honor, de reconocimiento personal (dual), de estrategia verbal (el idioma existe, hay que rendirle honores) y de respeto del tiempo (la alteración exige un ritmo, este es precio de la existencia del otro). A los americanos estas sutilezas primitivas les traen sin cuidado. Tienen mucho que aprender sobre los intercambios simbólicos. (...) De los dos adversarios, uno es un comerciante de tapices y el otro un traficante de armas: no tienen la misma lógica ni la misma estrategia, aunque ambos sean unos truhanes. Entre ellos, la comunicación es tan escasa que no basta ni para que se haga la guerra". (12)

La conclusión de este fragmento, más allá de lo puramente anecdótico, es que toda guerra implica el reconocimiento del otro y de su diferencia. Incluso en los breves combates interpersonales, lo que está en juego es este momento de intercambio (aunque sea de intercambio de improperios) en el que se atisba la comunicación. Sin embargo, para el caso que nos ocupa, ni siquiera esta posibilidad se ofrece: el prejuicio moral no permite el reconocimiento de la diferencia. Por tanto, la representación del conflicto como 'guerra' es inapropiada, si nos ceñimos a lo que debe ser una guerra; pero es aceptable, si lo que pretende es expresar la magnitud y reiteración de las acciones violentas.

A propósito de este uso ya común del término guerra para designar una situación violenta generalizada, *The New York Times* hace un análisis que vale la pena retomar, en un artículo titulado precisamente así: "Está bien, llamémoslo guerra". En él, se acepta que de ser este conflicto una guerra, los periodistas deberían 'cubrir' aspectos como el consumo y la opción negociada que traería consigo la legalización de la droga. El autor del artículo reconoce que es el tratamiento moral del tema lo que no permite que esta 'salida' al conflicto sea considerada:

"Yo detestaba oír hablar de la 'guerra' contra las drogas y como editor ejecutivo trataba de evitar que se empleara esta metáfora en *The New York Times*. Sin embargo, los políticos ganaron la 'batalla' del cliché, a sabiendas de que estaban perdiendo la guerra. El término 'guerra' apareció en este periódico apenas 16 veces en 1981, pero llegó a publicarse en 66 ocasiones durante 1987, y en 511 oportunidades en 1989, después que el presidente Bush prometiera en su discurso de posesión: "Yo les aseguro: este flagelo cesará!". Pues bien, no fue así y ya hemos descendido a unas 100 menciones por año: durante la administración Clinton, solamente han aparecido en promedio dos veces por semana. (...) Pero mientras tanto la prohibición a las drogas es una causa perdida, la 'legalización' es vista como algo 'demoníaco', así como le sucedió a la 'negociación' antes que Henry Kissinger se sentara a concretarla en París. La mayoría de los estadounidenses todavía creen que la legalización equivaldría a 'rendirse' ante la inmoralidad. (...) De todos modos, llamémosla 'guerra', y después, enfrentemos la derrota". (13)

CUADRO No. 2. Caracterización moral del conflicto

CARACTERISTICAS	GUERRA	CRIMEN
Bandos	Enemigos iguales	Bien vs. mal
Acciones	Legales	Illegales

Negociación	Posible	Imposible
Imparcialidad del observador	Posible y deseable	Imposible
Comunicación	Precaria pero existente	Inexistente

El narcotráfico: del rumor al mito en la representación del mal

El desdibujamiento de los narcotraficantes en virtud del uso de la expresión 'el narcotráfico' para referirse a las acciones de este grupo de traficantes es el primer paso en una construcción mítica del 'mal'.

En primer lugar, hay que señalar que la información sobre los narcotraficantes, -su apariencia, modo de ser, decisiones y acciones-, tiene como fuente el rumor, y es este rumor el que después se convierte en 'relato mítico'.

El rumor se caracteriza por su origen difuso y su facilidad de circulación:

"El rumor se refiere a lo que se dice, pero con mayor fuerza, al correr de esa voz, de esa voz imprecisa y baja que es más un ruido. Lo que se dice y cómo se dice tienen tales características que contribuyen por sí mismos a que ese decir se divulgue espontáneamente. El rumor requiere de un tipo de discurso que rueda de boca en boca, un discurso que se puede describir como un relato oral sobre acontecimientos o personas cuyo origen es indefinido y aunque impreciso, es creíble y lo suficientemente sugestivo como para seguir abriendo caminos." (14)

El rumor suele aparecer en lugares y momentos en los que hay un vacío de información, o una necesidad de ésta no suplida por las fuentes oficiales de información. Los rumores llenan este vacío con una fuerza desbordante, a veces excesiva, pero sin duda, necesaria:

"Cuando hay crisis, la necesidad de información es mayor porque, por lo general, en situaciones difíciles el sistema oficial se satura o se cierra y no se provee la información necesaria. Muchas veces porque se hacen supuestos que todo el mundo ya sabe, no se da la información que 'otros' creen necesitar. El rumor en estos casos se activa. Las situaciones que se perciben como confusas e importantes se vuelven caldo de cultivo de rumores. En momentos de tensión, los rumores aumentan, poniéndose en evidencia frente a las posiciones formales oficializadas. Nada de importancia para la colectividad se escapa de las redes del rumor". (15)

A pesar de la usual connotación negativa del rumor, éste es una forma de comunicación efectiva y, muchas veces, 'veraz'. Aunque se le atribuye la distorsión de los mensajes, es también reconocido popularmente que en el rumor siempre hay al menos una parte de verdad.

Llegar a la conclusión de que el uso del rumor como fuente es incorrecto, sería fácil e inapropiado. Más relevante es reconocer qué implicaciones trae tal uso. Si las informaciones que nos llegan sobre los narcotraficantes son verdaderas o no lo son, carece de importancia para este análisis. El hecho es que el rumor está ahí, potenciando ciertas características de los narcotraficantes, velando otras y, sobre todo, abriendo el camino para la construcción de un 'mito' en torno a la naturaleza difusa y poco comprensible de esta 'fuerza maligna':

"El rumor no tiene firma, quienes cuentan sólo 'pasan la voz'; de ahí que ésta sea una voz anónima, intangible que vale como voz pero que no le corresponde a nadie, sino que se asume como indeterminada siempre representando a una colectividad, precisamente porque es una manera de interpretar la realidad y de darle sentido. Así, los rumores al difundirse ampliamente se van convirtiendo en creencias, hasta transformarse en lo que podríamos denominar 'mitos o leyendas modernos'". (16)

Todo mito o leyenda sobre los orígenes de un pueblo o de un grupo de personas es una explicación fantástica de lo que es imposible explicar por vía lógica. Los mitos son una solución cultural a los misterios del universo. A partir de la definición del mito propuesta por Mircea Eliade, vale la pena comparar qué condiciones cumple nuestro relato, para que podamos considerarlo como 'mítico':

"El mito cuenta cómo, gracias a las hazañas de los Seres Sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia, sea esta la realidad total, el Cosmos, o solamente un fragmento: una isla, una especie vegetal, un comportamiento humano, una institución. Es pues, siempre el relato de una 'creación': se narra cómo algo ha sido producido, ha comenzado a ser. (...) Los personajes de los mitos son Seres Sobrenaturales. Se les conoce sobre todo por lo que han hecho en el tiempo prestigioso de los 'comienzos'". (17)

Aunque en nuestro caso no podríamos hablar de un mito de creación, en el estricto sentido de la palabra, sí se puede considerar como mítica a la construcción periodística de la historia en estos dos años, en cuanto que los personajes, como ya lo habíamos señalado tiene características 'sobrenaturales', y se explica de algún modo un 'origen': el origen del 'narcotráfico' o de la 'guerra' contra este fenómeno, que aunque existiera con anterioridad, no se había manifestado hasta el momento. Este origen se configura como la aparición sorpresiva e intimidante de una fuerza del mal oscura y amenazante.

Otras características del mito son su tendencia a prescribir la ley moral para la comunidad en cuestión, y el hecho de que no se

cuestione la 'verdad' del relato, aún si se reconoce su naturaleza ficticia. También con estas características cumple el relato de prensa sobre el narcotráfico. Aunque no exponga un patrón detallado de comportamiento por seguir, como los mitos de creación del universo, el tratamiento moral de las noticias logran, al menos, elucidar ciertos valores sociales que se deben adoptar ante el narcotráfico: la intolerancia que debe profesar la sociedad general con los narcotraficantes, la 'valentía' de los héroes que los combaten, la compasión ante las víctimas de la violencia.

Eliade acepta que la sobrevivencia de los relatos míticos en nuestro tiempo comporta ciertas variaciones con respecto a los mitos primitivos. Su 'desacralización' es una de ellas, la cual se aplica a nuestro caso: nuestros personajes no son dioses, aunque tienen rasgos sobrenaturales. Podrían caracterizarse más rigurosamente como semidioses.

Otra de estas variaciones es su circulación, ya no de generación en generación, gracias a la tradición oral, sino preferentemente a través de los medios de comunicación.

La condición mediática de los mitos modernos, no sólo trae consigo consecuencias en los modos de circular, sino también en la forma de expresión del mito: los géneros que mejor representan los mitos contemporáneos son la novela detectivesca o 'género negro', y su parodia en el cómic. El recurso narrativo del 'género negro' y del cómic permite que el modelo bipolar del 'bien y el mal' como fuerzas opuestas sea dominante en la explicación del conflicto en cuestión. Dice Eliade a propósito:

"Recientes investigaciones han puesto en claro las estructuras míticas de las imágenes y de los comportamientos impuestos a las colectividades por vía de los mass media. Este fenómeno se da, sobre todo en los Estados Unidos. Los personajes de los *cómics strips* (historietas ilustradas) presentan la versión moderna de los héroes mitológicos o folklóricos. (...) La novela policiaca se prestaría a observaciones análogas: (...) Se asiste a la lucha ejemplar entre el Bien y el Mal, entre el Héroe (el detective) y el criminal (encarnación moderna del demonio)." (18)

Pero, indiscutiblemente, la característica más importante del mito es que suplanta una explicación racional, cuando ésta no se puede obtener (o no se desea buscar). En este sentido, lo que el mito construido por el discurso de prensa sobre el narcotráfico explica es el origen de esta fuerza del mal y de su manifestación más visible, el confrontamiento armado al que se ha denominado 'la guerra contra el narcotráfico'. Esta guerra es como lo dice García Márquez, un 'misterio': "Al final, como siempre, en esta guerra de grandes misterios, no quedó nada claro." (19)

En síntesis, el proceso por el cual se crea un mito a partir de rumores se puede resumir de la siguiente manera: el rumor se vuelve creencia cuando se trata de una versión fuerte que logra arraigarse en el imaginario colectivo. Una vez aceptado por todos, se convierte en 'lugar común' o 'estereotipo'. El rumor se 'fija' en un enunciado al que se acude con facilidad. A partir de estos enunciados, se crea un relato. La 'creencia' se 're-crea', en una leyenda fantástica. Es en ese momento cuando aparece el mito. Por ejemplo, el enunciado, 'Pablo Escobar fue ladrón de coches', proviene del rumor, posteriormente se vuelve 'creencia' o 'lugar común' y, finalmente se crea una historia alrededor del dato inicial, añadiéndole a éste, otros datos de similar procedencia.

El siguiente cuadro ilustra el proceso propuesto:

CUADRO No. 3: Proceso de formación de mitos

RUMOR	CREENCIA	MITO
Información (datos)	Enunciado (lugar común)	Recreación fantástica del enunciado

Contexto histórico y social: la tierra de nunca jamás y la historia de nunca acabar

La valoración moral también condiciona la relación del conflicto con su contexto histórico y social: lo separa de la 'realidad' más general que lo precede en el tiempo (historia) y que lo rodea en el espacio (sociedad).

Cuando el periodista intenta dar contexto histórico a las acciones terroristas, cae en un doble juego: primero, amplía el horizonte histórico de la acción concreta, al inscribirla en un tiempo más general que se define como tiempo de 'guerra'. Se acude a la enunciación de acciones bélicas y políticas típicas de una guerra (declaración, ataques, contraataques, tregua, etc.) para mostrar el orden de los acontecimientos y sus relaciones de causalidad con otros. Pero, al mismo tiempo, esta 'guerra' impone un corte temporal a la historia, que reduce el panorama a una cierta época de límites bien definidos.

Este corte temporal es intrínseco a todo intento por narrar 'la historia'. Como afirmaba Michel de Certeau:

"La historiografía separa en primer lugar su propio presente de un pasado, pero repite siempre el gesto de dividir. La cronología se compone de 'períodos' (por ejemplo, edad media, historia moderna, historia contemporánea), entre los cuales se traza cada vez la *decisión* de ser *otro* o de no ser *más* lo que se ha sido hasta entonces (Renacimiento, Revolución). Por turno, cada tiempo 'nuevo' ha dado lugar a un discurso que trata como 'muerto' a todo lo que le precedía, pero que recibía un 'pasado' ya marcado por rupturas anteriores". (20)

El ejercicio periodístico no está exento de esta condición de la historiografía, por cuanto se le puede considerar también como

una forma de 'escritura de la historia'. En los medios, la 'guerra contra el narcotráfico' está definida por oposición a otra época que podría antecederla, una época de la que no se habla. Según el esquema bipolar de toda la narración, si este tiempo no es de guerra, entonces es un tiempo de paz.

Este tiempo histórico llamado guerra se define por un acontecimiento fundante (la denominada 'declaración' de la guerra por parte del presidente Barco), y varios acontecimientos bélicos que la desarrollan: atentados, declaraciones políticas, ataques del ejército, etc.

Sin embargo, la 'historia' de Colombia (de nuevo, otro relato 'recortado' pero de límites más amplios) nos demuestra que, desgraciadamente, no hay tal distinción tajante entre tiempo de guerra y tiempo de paz. En un país con largos procesos violentos, el terrorismo de la 'guerra al narcotráfico' es una expresión más, aunque en nada similar a las anteriores: la violencia del narcotráfico es diferente a la violencia política que azotó al país en los años 50 -se puede incluso decir que radicalmente distinta-, pero fue propiciada, en gran medida, por ésta.

Tampoco quisiera decir que es una 'violencia agudizada' o una consecuencia directa, el escalafón final de la larga cadena de acontecimientos violentos que es la historia de Colombia. Esta es la otra opción posible, la manera 'fatalista' de representar el conflicto (como ya lo había dicho en la primera parte de este texto), a la que también conduce el juicio moral: 'Colombia es un charco de sangre, no hay futuro posible'.

Como se ve, la encrucijada que impone la perspectiva moral parece insalvable: la guerra no tiene antecedentes: los narcotraficantes 'aparecen' como una encarnación del mal, y la guerra traza el límite entre el idílico tiempo de paz, en el que estos personajes no existían para amenazar al país, y la hecatombe violenta. Pero, el panorama no es más optimista: la guerra siempre ha existido, la violencia en Colombia es endémica, es un sino violento el que sacude al país.

Como contrapartida a esta escisión temporal que trae consigo la narración histórica de la guerra, existe también una separación del conflicto de su contexto social y cultural. Colombia es representada como un 'campo de batalla' en el que se batan a muerte el gobierno y los narcotraficantes. Pero este campo de batalla tiene una peculiaridad: en él habitan personas. Las acciones violentas recaen sobre la población civil y, por tanto, son acciones terroristas. Sin embargo, la sociedad civil juega un papel más activo en el conflicto que el de víctima. La oposición radical entre narcotraficantes y sociedad civil es parte de esta representación de Colombia como 'campo de batalla' de una guerra entre dos bandos, con una población ajena al conflicto, que sólo atestigua el fuego cruzado y se lamenta de sus muertos. En otras palabras, las razones culturales y sociales que podrían explicar con mayor realismo las circunstancias en las cuales se da el conflicto no son expuestas en las noticias.

Focalización narrativa: la reducción del problema al 'tráfico'

Por último, la valoración moral hace que el problema se reduzca a la fabricación y tráfico de cocaína, como bien lo indica su denominación común: 'narcotráfico'. Los dos extremos del proceso, el cultivo y el consumo son prácticamente ignorados o se les da poca importancia.

Esta reducción del proceso a su tráfico permite extender la condenación moral del tráfico a todo el proceso. Aunque tanto el cultivo como el consumo de estupefacientes sean ilegales en la mayor parte del mundo, es importante resaltar que ha habido intentos por despenalizar el uno y el otro, mientras que sobre el tráfico el juicio moral recae con toda su fuerza, lo cual hace mucho más difícil que la comunidad internacional considere la posibilidad de un proceso de legalización. Es decir, aunque el proceso sólo puede existir en su totalidad (no habría tráfico sin cultivo y consumo), el tráfico es, algo así como la parte, 'más delictiva', del proceso. O, al menos, la más condenada moralmente.

Esto se explica porque para juzgar al cultivo y al consumo es necesario entrar en consideraciones culturales y sociales, las cuales matizan el problema de inmediato. Tras el cultivo de coca hay una tradición milenaria de las tribus que habitan en los Andes, tradición que escapa a todo prejuicio moral. El consumo tampoco es censurable, por cuanto obedece a un problema social y psicológico. El adicto es considerado como un 'enfermo' más que como un 'malvado', pues no hace daño a otros, sólo a sí mismo.

Este énfasis en el 'tráfico' trae como consecuencia la identificación directa del problema con Colombia, y su subsecuente condenación o victimización en las noticias. Si Colombia sólo fuera un país cultivador de coca, como lo era en esa época Bolivia, por ejemplo, no habría juicios morales sobre ella, así como no los hay sobre los indígenas del alto de Huallaga, que cultivan la coca ceremonialmente. Si Colombia fuera el país del mundo con mayor consumo de cocaína, el problema sería local y seguramente no despertaría la curiosidad de medios extranjeros. Pero Colombia es uno de los países donde se realizan las mayores operaciones de tráfico de cocaína, de modo que recae sobre ella toda la reprobación moral de la comunidad internacional.

Esta condenación moral al tráfico impide que los países de la comunidad internacional sean representados en el diario como involucrados realmente en el tema. El tráfico de drogas se da lejos, en un país ajeno y en guerra. Es curioso cómo una actividad que precisamente no tiene centro -tráfico-, es restringida a un punto geográfico (Colombia). Tal parece que Colombia fuera el gran almacén de cocaína, que ofrece servicios a domicilio. La escasísima alusión a redes de narcotraficantes en otros países del mundo es parte de esta reducción del problema a un espacio local. Los EE.UU. y los países de Europa son, en los medios, países 'consumidores', parece que no hubiera tráfico en ellos.

El proceso del narcotráfico y la valoración moral de sus etapas se explica en el siguiente cuadro:

CUADRO No. 5: Proceso del narcotráfico y valoración moral

PROCESO	Cultivo	Fabricación	Tráfico	Consumo
VALOR	Neutro	Negativo	Negativo	Neutro

¿Es posible un tratamiento periodístico no moral del narcotráfico?

A la exposición anterior sobre el tratamiento moral de las noticias, se puede objetar, no sin razón, que los periodistas no tienen la responsabilidad de ofrecer al lector un análisis detallado de lo que ocurre en Colombia: cubrir los 'hechos' es labor suficiente, dados los condicionamientos del medio y de la misma labor periodística (su inmediatez, su mirada global sobre el mundo, etc.). La misión del periodista no es igual a la del analista, y tal vez, muchas de las deficiencias del tratamiento periodístico del tema - como, por ejemplo, la falta de un contexto histórico más amplio para el conflicto-, encuentran su solución en discursos mucho más flexibles que el de los medios.

Sin embargo, considero que sin perder de vista las condiciones del periodismo, es posible desligar su tratamiento de la perspectiva moral predominante, con lo cual el tema del narcotráfico sería tratado de manera mucho más acorde con su propia complejidad. Algunas sugerencias al respecto, con las que termino esta exposición, son las siguientes:

Buscar y legitimar otro tipo de fuentes sobre el narcotráfico, diferentes al rumor: Voceros, abogados, familiares, amigos, delatores. Por supuesto, no se debe arriesgar la seguridad de éstos, pero sí dar a conocer al lector que detrás de las informaciones hay una fuente concreta, de modo que éste pueda reconocer en alguna medida el origen de las informaciones sobre los narcotraficantes. Este intento por determinar las fuentes puede ayudar a 'desmitificar' a los narcotraficantes. Sin embargo, tampoco se trata de censurar el uso del rumor como fuente, el cual sigue siendo válido en el contexto que nos ocupa. Por el contrario, reconocer sus limitaciones permite un mejor aprovechamiento del mismo.

Evitar encasillar al conflicto en términos de 'guerra' o de 'crimen': Eludir el uso del lugar común 'la guerra contra el narcotráfico', así como de la terminología típica del género negro, como 'golpe al narcotráfico', los 'capos' de la mafia, etc. Así mismo, procurar referirse al 'narcotráfico' cuando se hable del problema general y a 'los narcotraficantes' cuando se hable de autores de acciones correspondientes.

Ampliar el horizonte del conflicto a sus implicaciones sociales, políticas y culturales, no sólo a las consecuencias violentas: Dar cada vez mayor tratamiento a los 'temas asociados' como cultivo, corrupción, consumo, tráfico menor y lavado de dólares. De esta manera, el conflicto se descentra, pierde su identificación directa con Colombia y recobra su amplitud internacional. Así mismo, el problema deja de restringirse al tráfico, pues se consideran los extremos del proceso.

Evitar, ante todo, cualquier tipo de prejuicio moral en la aproximación al tema. No describir a los personajes en términos de 'buenos' y 'malos' ni dar a la droga características 'demoníacas'. Esta aproximación moral impide un tratamiento serio y educativo del problema. Caracterizar siempre al narcotráfico como un problema social y buscar las raíces profundas de este fenómeno.

Proponer alternativas de solución diversas a la guerra. La legalización del tráfico, la despenalización del consumo, la negociación internacional para el desmantelamiento de las redes de narcotráfico por vía pacífica. Abrir los medios al debate de estos aspectos es un imperativo ético y un compromiso con las miles de víctimas que ha dejado el conflicto en las últimas décadas.

Proponer nuevos términos para tratar el problema. Finalmente, considero que la denominación 'narcotráfico' no es la más correcta, si se trata de ampliar el espectro del problema y desligarlo de la condenación moral. Aunque esta palabra ya está afianzada en el lenguaje periodístico, creo que valdría la pena, al menos, que se buscaran otras alternativas para nombrarlo, o que los medios reconocieran y divulgaran la poca pertinencia y exactitud del término.

Notas

1 - Cotta, Sergio. "Why Violence", Florida University Press, 1985.

2 - Idem, pág. 10.

3 - Entrevista con Pilar Lozano, corresponsal de Colombia para El País, noviembre de 1996.

4 - Idem.

5 - Deas, Malcom. "Canjes violentos: reflexiones sobre la violencia política en Colombia" en: Dos ensayos sobre la violencia en Colombia, Bogotá: 1995.

6 - Vale la pena señalar como una excepción el trabajo desarrollado por Malcom Deas y Fernando Gaitán, quienes intentan superar la creencia pesimista de que los colombianos somos y seremos siempre un pueblo violento. Deas, Malcom y Gaitán, Fernando. "Dos ensayos sobre la violencia en Colombia". Bogotá: 1995.

7 - Gaitán, Fernando. "Aproximaciones teóricas a la violencia en Colombia" en: Dos ensayos sobre la violencia en Colombia, Bogotá: 1995.

8 - Idem.

9 - Friedrich Nietzsche. "La genealogía de la moral". Madrid: Alianza editorial, 1994. pág. 23.

10 - Ibid. Sobre la relación entre pena y moral ver el tratado segundo, "Culpa, mala conciencia y similares".

11 - Fuentes, Carlos. "El espejo enterrado". México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

12 - Baudrillard, Jean. "La guerra del Golfo no ha tenido lugar". Barcelona: Anagrama, 1991. págs. 56-57 y 71.

13 - Max Frankel. "Está bien, llamémoslo guerra", en Revista Summa, No. 92, febrero de 1995, págs. 57 y 58 (tomado del *New York Times*).

14 - Mariluz Restrepo. "El rumor o el susurro del sentido", en *Intervenir en la organización*. Bogotá: Significantes del Papel, 1992, págs. 185 a 209.

15 - Ibid.

16 - Ibid.

17 - Mircea Eliade. "Mito y realidad". Madrid: Ediciones Guadarrama, 1968, pág. 17.

18 - Ibid. Pág. 203.

19 - Gabriel García Márquez. "¿Qué pasa en Colombia?". Periódico El País, 5 de noviembre de 1989.

20 - Michel de Certeau. "La escritura de la historia". México: Universidad Iberoamericana, 1993.

(*) "En este espacio de comunicación intensiva, la información y los mensajes sobre la violencia llegan desde cualquier sitio y circulan constantemente. Esto seguramente no refleja la verdad actual, pero debido a su dominancia en nuestro tiempo del lenguaje de las noticias audiovisuales, es la violencia quien prevalece en los mensajes. No solamente por el sabor ácido (y a veces masoquista) por lo excitante, sino principalmente por un inveterado gusto (¿o una reacción ontogénica?) de considerar los hechos lastimosos, anormales y nocivos. (...) ¿Quién se ocupa de dar a conocer que en tales y tales países un oficial del gobierno un juez no ha sido asesinado o las familias no practican el incesto?"

FORMA DE CITAR ESTE TRABAJO EN BIBLIOGRAFÍAS:

González Quintero, Catalina (1998): Periodismo y moral. Una aproximación al discurso de prensa sobre el narcotráfico en Colombia. Revista Latina de Comunicación Social, 6. Recuperado el x de xxxx de 200x de:
<http://www.ull.es/publicaciones/latina/a/78cata.htm>